
Beatriz Bragoni es doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires, profesora de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Cuyo, e investigadora del CONICET en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales del Centro Científico y Tecnológico de Mendoza. Ha sido profesora invitada de varias universidades extranjeras. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas del país y del extranjero y ha sido autora, entre otros libros, de *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX* (Taurus, 1999), por el que recibió el Premio Academia Nacional de la Historia (obra éditada 1999-2002). Recientemente ha publicado *San Martín. De soldado del Rey a héroe de la nación* (Sudamericana, 2010).

LAS ELITES PROVINCIALES EN
PERSPECTIVA: NOTAS A PROPÓSITO DE UN
TEMA RECURRENTE

POR BEATRIZ BRAGONI
(CONICET - UNCUYO)

Indagar las relaciones entre historia económica e historia política constituye una invitación atractiva en cuanto permite traer a colación algunos nudos problemáticos de un diálogo no siempre explícito a raíz, entre otras cosas, de la creciente especialización de campos que exige conceptos, procedimientos y fuentes muy distintas. Resulta claro advertir que si estamos en condiciones de identificar ese desarrollo es porque en las últimas décadas la historiografía cultivada en los centros académicos argentinos asistió a un proceso de profesionalización inédito sobre el cual algunos distinguidos historiadores han ensayado síntesis y reflexiones fecundas.¹ Y si bien el relativo repliegue de la historia económica en sus modalidades más clásicas (o cuantitativas) ha hecho inclinar las preferencias de los especialistas a favor de la historia política y cultural, esa situación no impide advertir alguna sintonía de los supuestos que suelen estructurar las investigaciones sobre la experiencia histórica del siglo XIX argentino en los cuales la mentada especialización queda diluida y abre el juego a interrelaciones significativas.

Creo no equivocarme al destacar uno de los más emblemáticos, que no suele estar ausente de cualquier ensayo destinado a sumar evidencias sobre el curso de ese derrotero, que distingue especialmente los contrastes regionales y las variaciones prevalecientes antes y después de la Revolución entre las alicaídas o decadentes economías y sociedades del interior, y la prosperidad creciente de Buenos Aires y su impacto correlativo en el atribulado proceso de formación del sistema político que acompañó la edificación del Estado nacional en las postrimerías del siglo XIX. Naturalmente se trata de un tema persistente en la literatura, que nos retrotrae no sólo a Alberdi y a su malograda ilusión de destronar la preeminencia porteña en los años que siguieron a Caseros; también estuvo en la agenda del historiador santafesino Juan Álvarez, quien supo inaugurar “el enfoque serial cuantitativo que permitía indagar las fluctuaciones económicas y desde los mismos explicar fenómenos políticos”.²

Desde luego se trata de un tema amplísimo y polémico que difícilmente puede ser abordado en estas breves páginas, aunque el interés por recurrir a ellos se justifica por más de un motivo. En primer lugar, porque quienes hacemos de las “regiones” o las “provincias” un campo analítico y empírico de problemáticas generales solemos enfrentarnos en más de una oportunidad a una especie de canon que hace de las desigualdades regionales un axioma primordial que resulta necesario controlar a los efectos de mejorar la comprensión de las especificidades locales sin que el rutilante y documentado caso bonaerense interfiera en ese

¹ Jorge Gelman (comp.), *La historia económica en la encrucijada. Balances y perspectivas*. Buenos Aires, AAHE/Prometeo Libros, 2006 (Introducción); Hilda Sabato, “La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada”, en Guillermo Palacios (coord.), *Ensayos sobre la Nueva Historia Política de América Latina, siglo XIX*. México, El Colegio de México, 2007, pp. 83-94.

² Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2008, p. 132

resultado y consiga entorpecerlo. En segundo lugar, porque esa evidencia suele encubrir algunas importantes convenciones en relación a contextos, dinámicas, comportamientos y percepciones radicalmente diferenciadas entre el interior y Buenos Aires. Por cierto, no pretendo omitir ni menos aun diluir el peso de los contrastes o diferenciaciones regionales; sólo intento argumentar que el lugar que ocupa en las investigaciones suele traccionar las interpretaciones a un punto ciego que en ocasiones impide apreciar con mejor detalle la fisonomía de las relaciones sociales, económicas y políticas, y descubrir a partir de ellas lo que tienen en común.

El tema de la formación y la metamorfosis de las elites en el “largo” siglo XIX se convierte en una fecunda vía de acceso al problema en cuanto ofrece un campo de análisis propicio para atemperar el peso de los contrastes a partir de las interacciones significativas que se manifiestan en la esfera de la economía o de la política; asimismo, esa eventual diferenciación coloca o hace visible la especificidad de lo político en el sistema de poder que consigue afirmarse en el archipiélago de soberanías provinciales desde el cual las elites locales habrían de contribuir a edificar el Estado nacional que acompañó la integración desigual aunque exitosa de la Argentina en la economía mundial.

Para quien haya reparado en el fenómeno antes enunciado, podrá compartir conmigo el influjo relativo de algunas obras pioneras cuyas virtudes residen, a mi juicio, en que trazaron un sendero próspero de interpretaciones e interrogantes susceptibles de ser perseguidos, verificados o corregidos a través de restituciones empíricas minuciosas en el mosaico de experiencias provinciales argentinas.

Un estímulo decisivo y aun vigente procede del clásico ensayo que Tulio Halperin Donghi dedicó a la formación de la elite heredera de la Revolución a raíz del eclipse de las elites prerrevolucionarias como resultado de la guerra de independencia y de la apertura comercial. En el esquema halperiniano, las elites de Buenos Aires no serían las únicas en acusar recibo de los cambios operados y de la dualidad que comenzó a regir las complejas relaciones entre los nuevos dueños del poder que desplazarán sus capitales de la esfera mercantil a la inversión rural, y los que hicieron de la política el nervio principal de su ubicación en el nuevo escenario. En las provincias del interior esa ruptura también se haría visible, aunque la “convivencia” sería mucho más problemática a raíz de la fragilidad del orden político surgido del derrumbe de 1820 y la correlativa precariedad institucional y fiscal que obligó a los diminutos grupos letrados del interior a emprender trayectos migratorios y ofrecer servicios profesionales a gobiernos aliados por fuera de sus lugares de origen, y que exigió a otros comprometer sus posiciones patrimoniales para enfrentar los gastos de guerra impuestos por el imperio de las circunstancias. Esa delicada y porosa frontera entre lo público y privado, entre política y negocios, habría de operar decididamente en los ubicados en el vértice social acuciados de igual modo por atemperar las fatales consecuencias que la redistribución del poder político había convertido a una inédita y variada constelación de actores sociales en árbitros del nuevo escenario, y sobre todo por sostener en el tiempo la continuidad de los lazos económicos interprovinciales. Entre los candidatos más adecuados para dotar de alguna estabilidad a la inestabilidad generada por la ausencia de un poder central capaz de arbitrar entre los conflictos en pugna, Halperin no dudó en postular la solidaridad y la rivalidad familiar de las elites provinciales sobrevivientes del tembladeral revolucionario como sustrato de la nueva cohesión, aunque ésta no sería en última instancia garantía suficiente para reconstruir las bases del nuevo

POR BEATRIZ BRAGONI
(CONICET - UNCuyo)

orden político. Para ello sería necesario la emergencia de una lealtad eminentemente política que, apoyándose en alianzas previas y aun sometiéndolas, fuera capaz de extenderse al país en su conjunto.³ La dinámica de esa transferencia de lealtades personales a la esfera de una autoridad política superior trazaría los pasos de indagaciones posteriores en las que poder y política harían de nervio indagatorio, y la economía y sus ritmos de una suerte de marco macroexplicativo. Halperin consideraba que si la elite letrada que asistió a la caída de Rosas había creído posible heredar el poder por él construido, poco después de Caseros se pondría en evidencia que para consolidar la nación era preciso construir el Estado nacional y con él una nueva clase política que sepultara los liderazgos y estilos políticos que habían impedido la unidad entre las provincias argentinas.⁴ Esa situación que volvía a exhibir a la opinión argentina dividida entre un interior que apelaba al pacto político sellado en 1853 y Buenos Aires como expresión de la facción unitaria, daría origen a un desplazamiento de posiciones que coagularía hacia 1870, cuando un nuevo consenso diera lugar a realineamientos políticos e institucionales que afectarían a todo el territorio nacional, que habría de coincidir con la incorporación plena de la producción pampeana a la economía mundial.

A esa altura, el interés por examinar la conformación del orden político finalmente consolidado en el ochenta y el papel que en él iban a cumplir las elites provinciales había dado lugar a ensayos que aun repercuten en la historiografía. En torno a ello, Natalio Botana ofreció una serie de reflexiones sobre aquella arquitectura de poder que hacía del régimen de control electoral un dispositivo aceitado de los vínculos establecidos entre los gobernadores de provincia y el poder presidencial.⁵ Ese esquema de poder le permitía trazar una tipología relativamente fiel de diferentes perfiles provinciales que concurren en su diseño: se trataba de provincias leales, díscolas o adversas, en su mayoría controladas por oligarquías locales en procura de asegurar la sucesión presidencial. En su caso, los “gobiernos de familia” ocupaban un lugar primordial, particularmente en aquellos espacios políticos “medianos” y “chicos”, poco imbuidos de “temperamento cívico”, y carentes de la complejidad social que había acompañado la diversificación de la economía y la política en el Litoral fluvial. En aquellos reductos políticos, las familias de “notables” habían conseguido perpetuarse en el poder sobre la base de instrumentar el principio de “representación invertida”, ese resorte de reproducción del poder que hacía del gobierno el principal elector.

En sentido estricto, se trataba de un fenómeno poco verificado aunque bastante difundido, especialmente por las historiografías provinciales que habían atribuido comportamientos y prácticas diferenciadas al Litoral y las provincias interiores. Mientras que en las extensas praderas pampeanas la vida política había seguido el ritmo de la economía como producto de la conexión atlántica, el *boom* agroexportador y sus correlativos efectos de diversificación social, el Interior exhibía el anclaje del poder en reducidos núcleos de parientes originarios en su mayoría en linajes coloniales. ¿Hasta qué punto las investigaciones recientes permiten corregir estas

3 Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1979, p. 404 (1ª edición: 1972).

4 Tulio Halperin Donghi, *Proyecto y construcción de una nación. Argentina, 1846-1880*. Buenos Aires, Ariel, 1997 (1ª edición: Ayacucho, 1984).

5 Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1979.

visiones canónicas?

En los últimos años los estudios destinados a restituir el poder social y político de las elites del interior han bosquejado un rico mosaico de situaciones provinciales y/o regionales que permite matizar o corregir tales convenciones. Si bien la mayoría de los trayectos analizados enfatizan el papel de las familias como unidad de cooperación de cara al ascenso y reproducción del poder social, los contrastes residen en las condiciones locales y los recursos instrumentados para hacerlo efectivo en el largo plazo y ante contextos cambiantes. En tal sentido, el ejemplo de los Sánchez de Bustamante en Jujuy, estudiado por Gustavo Paz, pone de relieve la manera en que la progresiva incidencia del Estado nacional después de 1870 esmeriló las bases del poder familiar que se había mantenido casi intacto desde los tiempos coloniales.⁶ Pero ese derrotero no resulta idéntico al exhibido por los clanes familiares y el sistema de alianzas políticas erigido en Mendoza en la coyuntura abierta con Pavón, que exigía a las parentelas un persistente juego de arbitrajes internos y externos para acceder y mantener los resortes del poder local.⁷ En efecto, el caso de los González y de los Civit puso en evidencia que el legado colonial no había intervenido decididamente en el éxito político obtenido sino que había sido tributario de posiciones patrimoniales adquiridas en la primera mitad del XIX o de estrategias políticas orientadas a ganar el beneplácito del poder central para afirmar sus posiciones en el orden político local. Y esa vía de acceso habría de contribuir a la formación de perfiles políticos profesionales que estarían destinados a integrar un nuevo mapa a comienzos del siglo XX, cuando la transformación agroindustrial distinguiera a las elites políticas del nuevo empresariado nacido de los emporios vitivinícolas de origen inmigrante como resultado de la expansión del mercado interno. A propósito de ello, los estudios que revisaron las interpretaciones que ya había anticipado Jorge Balán a fines de los '70, que prestaban atención a la información suministrada por las empresas vitivinícolas, arrojaron evidencias sugestivas en relación al papel desempeñado por redes de parientes y amigos en la organización empresarial de los flamantes emporios bodegueros fundados por inmigrantes españoles en la bisagra de los siglos XIX y XX, al decisivo estímulo oficial en la actividad vitivinícola y a la escasa -cuando no nula- vinculación con el poder político como recurso instituido del desempeño y el éxito económico.⁸ Con todo, la relativa diferenciación entre elites socioeconómicas y elites políticas en Mendoza como resultado del *boom* vitivinícola emula en algún punto la experiencia del cereal en la provincia de Santa Fe⁹ y se revela como contrapunto de la tucumana, donde el proceso de reconversión azucarero contribuyó a la concentración de la riqueza y el poder provincial en pocas manos al exigir mayores inversiones de capital.

6 Gustavo L. Paz, “El gobierno de los «conspicuos»: familia y poder en Jujuy, 1853-1875”, en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (coor.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 223-242.

7 Beatriz Bragoni, *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*. Buenos Aires, Taurus, 1999, y “Un linaje de notables del interior argentino en el proceso de unificación política: los Civit de Mendoza”, en *Entre pasados. Revista de Historia*, Año XVI, n° 31, 2007, pp. 13-34.

8 Beatriz Bragoni, “Redes, inmigración y movilidad social en Mendoza: racionalidad empresarial y modos de relación política de una parentela de origen finisecular (1880-1930)”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* n° 24, 1993, pp. 171-203. Además, Ana M. Mateu, “Aproximaciones a la empresa Arizu: Algunas estrategias de la conformación e incremento del patrimonio societario y familiar (1884-1920)”, en *Quinto Sol. Revista de Historia Regional*, año 6, n° 6, 2002, pp. 107-128.

9 Ezequiel Gallo, *La pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*. Buenos Aires, Edhasa, 2004 (1ª edición 1983); además, Alicia Megías, *La formación de una elite de notables-dirigentes. Rosario, 1860-1890*. Buenos Aires, Biblos, 1996.

POR BEATRIZ BRAGONI
(CONICET - UNCuyo)

Sin duda la fisonomía y el comportamiento de la elite tucumana constituyen un prototipo emblemático de funcionamiento e integración en el aceitado sistema de intercambios, estímulos institucionales y favores políticos que vinculó la economía provincial con el crecimiento agroexportador. Esa clave interpretativa que recuperaba la “teoría del bien primario exportable” y que había acompañado el modelo analítico propuesto por Giménez Zapiola¹⁰

habría de convertirse en llave de acceso para interceptar nuevos abordajes. Al respecto, Claudia Herrera ha ofrecido evidencias sugestivas de la calculada división de funciones al interior de las familias de las elites, que hacía de cada uno de sus integrantes engranajes casi perfectos del funcionamiento empresarial y político al interior y por fuera del estricto ámbito provincial.¹¹ De esa asociación íntima entre poder económico y poder político también habría de dar cuenta José Antonio Sánchez Román¹² al restituir la manera en la que el desarrollo industrial en Tucumán entre 1853 y 1914 dependió de la capacidad de las elites empresariales de poner al servicio de la especialización en la producción del dulce sus lazos con el poder político, sin que éstos representaran un rasgo distintivo del perfil escasamente innovador del empresariado argentino –como lo había supuesto Jorge Sabato- ni tampoco se constituyeran en garantía para atemperar los conflictos suscitados a raíz de la creciente complejización social y política provincial.

Esa advertencia ya señalada por los historiadores económicos,¹³ sería enfatizada por Roy Hora al momento de verificar el perfil cambiante de la elite terrateniente pampeana a lo largo del siglo XIX, concluyendo que la inversión rural no había sido determinante en el origen de la expansión ganadera sino que correspondía ubicarla en las postrimerías del siglo XIX, cuando las señales externas (o del mercado) gravitaran decididamente en el vuelco terrateniente de los grupos propietarios más prósperos del país.¹⁴ Si las biografías económicas de los Anchorena y los Senillosa (como las sucesiones de los más ricos propietarios porteños) ponían en evidencia esa tendencia,¹⁵ el caso de Ramón Santamarina exhibió un comportamiento de similar dirección al revelar el progresivo crecimiento del patrimonio en tierras después de haber incursionado con éxito en la actividad mercantil.¹⁶

Con todo, el análisis de las pautas de inversión de los terratenientes pampeanos venía a verificar lo que Halperin había sugerido en un

10 Marcos Giménez Zapiola, “El interior argentino y el ‘desarrollo hacia fuera’: el caso de Tucumán”, en M. Giménez Zapiola (comp), *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975, pp. 72-115.

11 Claudia Herrera, “Redes de parentesco, azúcar y poder: la elite azucarera tucumana en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Entre pasados, Revista de Historia*, Año XVI, n° 31, 2007, pp. 35-54.

12 José Antonio Sánchez Román, *La dulce crisis: estado, empresarios e industria azucarera en Tucumán, Argentina (1853-1914)*. CSIC-EEHA-Universidad de Sevilla, 2005.

13 Vale recordar que algunas interpretaciones de Jorge Sabato fueron puestas en duda por Fernando Rocchi y Juan Manuel Palacios en un *dossier* publicado en *Entre pasados. Revista de Historia*, Año V, n° 10, 1996.

14 Roy Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política 1860-1945*. Buenos Aires Siglo XXI, 2003; “La elite social argentina del siglo XIX. Algunas reflexiones a partir de la historia de la familia Senillosa”, en *Anuario IEHS* n° 17, 2002, pp. 291-324; “Del comercio a la tierra y más allá: los negocios de Juan José y Nicolás de Anchorena (1810-1856)”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales* vol. 44, n° 176, enero-marzo 2005, pp. 567-600.

15 Una interpretación diferente sobre la composición de la riqueza rural entre las elites económicas de Buenos Aires basada en fuentes fiscales corresponde a Jorge Gelman y Daniel Santilli, *De Rivadavia a Rosas. Desigualdad y crecimiento económico. Historia del capitalismo agrario pampeano*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

16 Andrea Reguera, *Patrón de estancias. Ramón Santamarina: una biografía de fortuna y poder en la pampa*. Buenos Aires, Eudeba, 2006.

artículo que había modificado interpretaciones previas;¹⁷ además, contribuía a identificar las escasas cuando no conflictivas relaciones entre el sector terrateniente y el poder político, y a entender las razones que condujeron a la formación de agrupaciones políticas por parte de los productores agropecuarios con aspiraciones de competir en la arena electoral. Esa suerte de diferenciación de esferas y lógicas en las que el capital social o económico no se reproducía de manera automática en el campo político de la Argentina finisecular, habría de convertirse para Leandro Losada en objeto de indagación específico.¹⁸ En su caso, la construcción de la distinción social en la elite porteña del novecientos dependió del interés de expulsar a la política de una sociabilidad concebida en términos “civilizatorios”, a los efectos de crear un estilo de vida y de consumos culturales opuestos a los prevalecientes en décadas anteriores. Sin embargo, esa erradicación, que no siempre fue conseguida, habría de coincidir con transformaciones decisivas en el campo político como resultado del proceso de modernización, la fractura del oficialismo, la profesionalización de la política y la formación de los partidos de masas.

Como el lector podrá advertir, el repertorio de investigaciones hoy disponible sobre las elites socioeconómicas y políticas en la Argentina del siglo XIX ofrece un marco de referencias mucho más complejo que el que teníamos décadas atrás. Se trata de un mapa de lecturas heterogéneo al que han concurrido diferentes tradiciones historiográficas, preocupaciones no siempre idénticas y fuentes de naturaleza distinta. Esa variedad de estrategias y procedimientos de investigación no sólo ilustra la fecunda adopción de un *utillage* conceptual y metodológico que combinó eficazmente las tradiciones historiográficas nacionales con las provenientes de otras latitudes; también permite identificar una suerte de agenda de trabajo que está a la espera de nuevos abordajes a los efectos no sólo de sumar de evidencias nuevas por provincias o regiones, sino de precisar y/o corregir visiones no siempre completas o acabadas de las transformaciones operadas entre los grupos sociales y políticos ubicados en la cúspide del poder social en el siglo XIX argentino.

A pesar de ello, el recorrido que estas páginas han propuesto permite puntualizar algunos núcleos de interés. En primer lugar, la revolución trastocó el funcionamiento de las elites locales extrayéndolas del recoleto mundillo capitular; ese tópico, regularmente enfatizado especialmente por las historiografías provinciales clásicas, parece haber sido matizado en las últimas décadas después de perseguir las continuidades y las rupturas de las formas de hacer política que les fueron impuestas por la revolución y las guerras. Esta nueva lectura permite ubicar un segundo núcleo de problemas que entiende a las elites provinciales como dispositivo clave y activo del proceso de construcción del Estado nacional, lo cual ha permitido –como se anticipó- poner algunos reparos a las visiones que enfatizaban el factor cooptativo y coactivo del poder central frente a las situaciones provinciales. Un tercer nudo concluye este cuadro sin duda incompleto de las aproximaciones convergentes en el tratamiento de las elites argentinas: el que atiende a los procesos de diferenciación de las elites en relación a los desiguales procesos de modernización económica disparados con el crecimiento agroexportador, que estaría destinado a inflexionar decisivamente en la morfología y el funcionamiento de las elites provinciales y de la elite porteña.

17 Tulio Halperin Donghi, “Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires, 1820-1930”, *Cuadernos de Historia Regional*, 2ª época, n° 15, 1992, pp. 11-46.

18 Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle époque*. Buenos Aires, Siglo XXI Editora iberoamericana, 2008.